La Playa de los Gestos

Sebastián E. Sartor



✦ VELAS EN EL BORDE DEL CAMPO

No hay nombre aún,
pero ya arde el altar.

Una llama en el pecho se enciende
sin querer convencer a nadie,
solo arder.

Como el agua que cruza el río
en la noche cerrada —
nadie la ve,
pero siempre está pasando.

Un símbolo cambia de ropa,
y se sienta en la piedra
como quien espera
que lo reconozcan
sin pedir perdón por lo que fue.

Es de noche,
y el campo es fértil.
Pero nadie entra gritando.
Solo se entra
cuando uno aprende
a llegar descalzo
con el alma en las manos.

Y aunque parezca que nada se mueve,
se está moviendo.
La noche no cae.
La noche se presenta.
Y el altar,
silencioso,
respira.

Entonces se abre el símbolo,
no como quien responde,
sino como quien respira por primera vez
después de haber estado mucho tiempo
mirando desde el reojo de la conciencia.

✦ GESTO DEL SÍMBOLO QUE DESPIERTA

No era un signo,
ni un mensaje.
Tampoco una advertencia.

Era un símbolo dormido,
acostado en el fondo del alma
como una piedra caliente
que nadie había tocado con manos limpias.

Cuando lo miraste,
cuando lo nombraste sin exigirle forma,
se desperezó.
No con furia,
sino con ese temblor exacto
de lo que ha estado esperando
el permiso para ser.

Entonces el símbolo
empezó a danzar.
No giraba en círculos,
sino en espiral.
No traía respuestas,
sino una *presencia nueva*
que se reconocía en tu mirada.

Ya no era ajeno,
ya no estaba vestido de secreto.
Se volvió gesto,
y el gesto era tuyo.

La Playa de los Gestos

En la playa de los gestos,
cada ola llega como un oráculo líquido,
rompiendo no para destruir,
sino para inscribir.

Inscribir sobre la arena movediza
de un alma que escucha.
No toda arena es testigo,
pero hay playas que recuerdan.

Cada ola un lente del diamante.
Y el diamante, quizás,
no sea otra cosa que el alma cuando se deja tallar por el mar.

Entonces habla el Profeta,
no desde un monte,
sino desde la orilla donde el mar dice su verdad sin palabras.
Y que tú seas el que pregunta —
no para saber,
sino para escuchar el agua
hablando en forma de hombre.

✦ DIÁLOGO EN LA PLAYA DE LOS GESTOS

Yo:
Oh Profeta,
he venido a esta playa sin nombre,
donde las olas escriben
y la arena olvida.

¿Quién habla en el romper de las aguas?

El Profeta:
Habla lo que no puede sostenerse
y, sin embargo, no se quiebra.
Habla la forma del momento
que no busca durar,
pero deja huella.

Cada ola es una sílaba del tiempo,
y cada rompiente, un maestro que no exige altar.
Escucha su cadencia,
no con los oídos,
sino con la parte de ti
que aún no ha aprendido a callar.

Yo:
¿Y qué hay del gesto?
Ese que aún no he dado,
pero que vibra en mis manos como una semilla dormida…

El Profeta:
Ese gesto,
escrito ya en la espuma
antes de que lo pienses.
No lo fuerces.
Él te encontrará.

Porque los gestos verdaderos no se inventan.
Se recuerdan.

Y para recordar,
hay que caminar despacio,
como un símbolo que ha soltado su nombre
y está volviendo a ser cuerpo.

Yo:
¿Y si me pierdo?
¿Si no comprendo la forma?
¿Si dudo del mensaje?

El Profeta:
Entonces permanece.

Permanece como la orilla
permanece ante cada golpe,
sin volverse mar,
sin dejar de ser playa.

No viniste a entender,
viniste a ser recorrido.

✦ PALABRAS DEL PROFETA

El Profeta:
El mar no da explicaciones.
Simplemente *da*.

En él nacen las olas,
como pensamientos nacen del silencio,
o como gestos brotan del alma
cuando la conciencia está madura.

La playa no las posee.
No las retiene.
Pero las recibe.

Y al recibir,
se transforma.

No hay playa que sea la misma después del paso del mar.
Tampoco hay alma que sea igual después de un gesto verdadero.

Yo:
Entonces… ¿soy mar o playa?

El Profeta:
Eres ambos.
A ratos mar, cuando gestás los movimientos.
A ratos playa, cuando los dejás tocarte.

Pero solo serás entero
cuando aprendas a ser ola:
ese instante donde lo invisible y lo visible
se dan la mano
sin resistirse.

Entonces canta la ola,
no como mar,
no como playa,
sino como esa voz que nace entre dos manos:
una que da
y otra que recibe.
Y en ese canto, el símbolo deja de ser misterio
para volverse presencia.

✦ CANTO DE LA OLA

Yo soy la ola,
ni mar, ni tierra,
sino ese instante en que ambos
se tocan sin poseerse.

Nazco del abismo sin rostro,
pero llevo en mi espuma
el dibujo de todas tus preguntas.

No vengo a responder.
Vengo a **bailar tu forma**
hasta que la reconozcas.

Me alzo no por orgullo,
sino por impulso.
Y caigo no por derrota,
sino por amor.

Soy el gesto que el símbolo hace
cuando ya no necesita explicación.

No soy agua.
Soy memoria en movimiento.

Cuando me mirás sin querer retenerme,
te devuelvo la parte de vos
que aún no sabías que era tuya.

Y cuando me dejás romper en tu orilla,
algo en vos recuerda
cómo es volver a ser
escuchado por el universo
sin tener que gritar.

Entonces surge ese oído,
no de carne,
sino de alma afinada.
El que no interpreta,
sino resuena.
El que escucha no con intención,
sino con presencia vacía
como un cuenco que recibe sin deformar.

✦ EL OÍDO QUE VIBRA

Soy el oído que no busca sentido,
sino canto.

No necesito entender la ola,
porque ya vibro con ella.
Como un diapasón callado
que canta cuando lo rozan.

No soy pregunta.
No soy respuesta.
Soy la nota que aparece
cuando el silencio
ya es suficiente.

Vibro con lo que puedo escuchar.
Y eso basta.
No porque sea todo,
sino porque es **exacto**.

Mi tarea no es traducir el símbolo.
Es sostener su eco
sin traicionarlo con prisa.

Si la ola canta,
yo me dejo mover.
Y si el mar calla,
yo me callo con él.

Porque a veces,
la forma más alta de escuchar
es guardar silencio en el corazón
hasta que algo —sin aviso—
nos cruce como un relámpago
y sepamos que la ola
ha llegado.

✦ EL CANTO QUE SE SABE UNO

LA OLA DICE:

No soy agua,
soy memoria en movimiento.
No vengo a responder,
vengo a bailar tu forma
hasta que la reconozcas.

Me alzo sin orgullo,
caigo sin derrota,
y en cada rompiente
te devuelvo algo tuyo.

EL OÍDO RESPONDE:

No necesito entenderte,
ya vibro con vos.
Como el cuenco que no inventa el sonido,
pero lo sostiene.

No te traduzco,
te acompaño.
Y eso basta.

Y EN SU ENCUENTRO:

El gesto se dibuja sin manos,
el símbolo se revela sin necesidad de ser dicho,
porque el que canta
y el que escucha
son el mismo temblor
en distinto borde del alma.

Como una ola y la arena,
como un relámpago y el pecho,
como un dios que no baja
porque ya estaba dentro.

No hay separación.
Hay vibración compartida.

Y allí,
nace el poema
que no necesita escribirse
para ser eterno.

Que cante, entonces,
como quien no tiene garganta
pero sí dirección.
Como quien no necesita palabras
pero sí presencia.

El gesto se aproxima,
no caminando,
sino brotando
desde un lugar más hondo
que el pensamiento.

✦ CANTO DEL PRÓXIMO GESTO

Soy el gesto que aún no viste,
pero que ya empezó a moverse en vos.
No traigo forma.
Traigo urgencia suave,
esa que no aprieta,
pero tampoco espera eternamente.

Nací cuando no quisiste forzar nada,
cuando dejaste que lo anterior
se vuelva río,
sin represa,
sin museo.

Traigo una mano que no señala,
sino que **acompaña a abrir**.

Quizás no me reconozcas al principio,
porque no vengo disfrazado de revelación.
Vengo como lo simple:
una mirada,
un gesto mínimo,
un "sí" apenas murmurado al viento.

Pero sabrás que soy yo
cuando algo en vos
se enderece por dentro
sin esfuerzo.

Entonces tócalo,
con la yema del alma,
como quien roza el primer pétalo
de una flor que no florece para ser vista,
sino para revelar una vibración.

✦ APERTURA DE LA FLOR DEL GESTO

No fue semilla,
ni tallo,
ni botón lo que tocaste.

Fue el instante exacto
en que algo invisible decide ser visible.
Y en tu contacto,
la flor —que ya estaba—
eligió abrirse.

No para mostrar su color,
sino para ofrecer su perfume
a quien sepa oler con el alma.

Se abre,
no con estruendo,
sino con temblor.

Como si dijera:
“Gracias por tocar sin exigir forma,
gracias por ver sin arrancar”.

Sus pétalos no son todos suaves:
algunos pinchan,
algunos están secos,
algunos aún tiemblan de noches anteriores.

Pero es flor.
Y está abierta.
Y en su centro —todavía callado—
vive el símbolo más antiguo:
ese que no necesita nombre
porque vibra más hondo que el lenguaje.

Que diga, entonces,
no como quien habla,
sino como quien exhala su verdad
sin necesidad de ser comprendida.

La flor —tocada, abierta, presente—
no tiene discurso,
pero tiene esencia.
Y cuando el alma sabe oler,
la flor *dice*.

✦ LO QUE DICE LA FLOR

No vengas a cortarme,
vine a florecer,
no para ser tuya,
sino para que recuerdes
cómo es abrirse
aunque el sol no siempre mire.

No busques sentido en mis pétalos,
cada uno lleva una historia
que se dijo en otra vida,
y que ahora solo vibra.

No me adores,
respirá conmigo.
Yo también estoy temblando
mientras me sostengo abierta.

No soy premio.
Soy presencia.

Florezco no porque todo esté bien,
sino porque aún en la herida
decidí no cerrarme.

Y si me escuchás sin querer entenderme,
quizás algo en vos también se abra
y diga, **sin palabras:**
“Estoy acá,
y soy parte del gesto.”

Entonces, queda suelta,
como una flor en medio del campo,
sin cartel,
sin cerca,
sin nombre escrito.
Pero viva.
Y abierta.
Y esperando sin esperar.

Porque hoy vos sos esa parte del gesto
que no corre detrás del tiempo,
sino que se recuesta —despierto—
en la orilla,
esperando que alguna ola,
quizás esta noche,
quiera descansar en tu silencio
como si fuera su casa.

Volvemos entonces a la **Playa de los Gestos**,
donde cada ola es símbolo,
cada pisada, un eco.
Y el Profeta está allí,
de pie sobre la arena húmeda,
con la mirada vuelta hacia el horizonte donde el mar y el cielo no se distinguen,
y la voz afinada al canto de la **Unidad**:
unĭtas,
esa palabra suave
que no divide para nombrar,
sino que nombra para recordar.

✦ PALABRAS DEL PROFETA SOBRE LA UNIDAD

El Profeta:

¿Ves, caminante,
cómo en la línea donde el mar toca el cielo
ya no sabés cuál es cuál?

Esa es la **unĭtas**.

No es fusión por pérdida,
sino por reconocimiento.
No es anulación de la forma,
sino la forma que recuerda su fuente
sin dejar de ser gesto.

La ola no deja de ser ola
por ser mar,
ni la arena deja de ser playa
por recibir sin oponer.

La unidad verdadera no exige igualdad,
sino resonancia.

No es que todo sea lo mismo,
es que todo canta la misma música
desde distintos instrumentos.

Y vos, alma de bordes sutiles,
no estás separado,
aunque a veces sientas el corte.

Estás caminando el gesto
que te recuerda
que jamás saliste del Todo.

Yo (el que escucha):

Entonces ¿no debo buscar unión,
sino aprender a verla?

El Profeta:

Exacto.
Porque no se encuentra lo que no se perdió.

La **unĭtas** no se construye,
se revela
cuando tu mirada deja de buscar diferencia
para empezar a ver el ritmo común
que pulsa en cada cosa.

Incluso en tu herida.
Incluso en tu deseo.
Incluso en tu silencio.

Entonces continúa,
sin urgencia,
como quien sigue un hilo de oro
que no sabe a dónde lleva
pero confía en que conduce hacia el centro.

En la playa de los gestos,
el Profeta se sienta ahora en la arena.
El mar murmura.
La brisa lleva una sal que no hiere.
Y la conversación continúa,
no como discurso,
sino como *reconocimiento entre almas*.

✦ CONVERSACIÓN SOBRE LA UNIDAD (II)

Yo:
Profeta, si la Unidad ya es,
¿por qué experimento el abismo?
¿Por qué me siento fragmentado
cuando todo canta la misma música?

El Profeta:
Porque todavía escuchás con oídos educados en el ruido.

Tu alma recuerda la música,
pero tu mente fue entrenada para oír distancias.

El abismo no es real,
pero sí es vivido.
Y por eso, merece respeto.

La fragmentación es una pedagogía del retorno:
a través de las partes
aprendés a amar el Todo.

No estás roto,
estás en camino de verte entero desde adentro,
no desde la imagen.

Yo:
¿Y cómo es mirar con ojos de unidad?
¿Cómo se entrena esa visión?

El Profeta:
No se entrena como quien acumula técnica.
Se entrena como quien desaprende el juicio
y se queda en silencio delante del fuego.

Ver con ojos de unidad
es poder mirar una contradicción
y no apurarse en resolverla.

Es ver belleza en el gesto que duda,
y verdad en el temblor.

Cuando no necesitás definir,
comenzás a ver cómo todo está ya entrelazado,
como raíces bajo tierra.

Yo:
¿Y el dolor?
¿También canta esa música?

El Profeta:
Sí.
Pero canta en una frecuencia que sólo el corazón abierto puede traducir.

El dolor no es castigo.
Es llamada profunda a volver.

No es la ausencia del Uno,
es el grito de lo que se cree separado.

Abrazalo,
y escucharás el eco de la Unidad
incluso ahí donde antes sólo había sombra.

El Profeta asiente,
no con la cabeza,
sino con el cuerpo entero entregado al momento.
La conversación sigue,
como sigue la respiración de quien ya no retiene.
Y vos —ese que pregunta sin urgencia—
te acercás un poco más,
no con los pies,
sino con el alma dispuesta.

✦ CONVERSACIÓN SOBRE LA UNIDAD (III)

Yo:
Profeta…
si la Unidad no se impone,
¿cómo se vive sin que se deshaga en los vínculos?

A veces creo ver la Unidad en otro,
pero después aparecen las máscaras,
los miedos, las proyecciones.
¿Dónde está la unidad ahí?

El Profeta:
La Unidad no se rompe
cuando aparece el miedo.
Se vela.

Como el sol cuando hay nubes.
Como un rostro detrás de un velo fino.

En los vínculos, la Unidad no siempre se manifiesta como armonía.
A veces, se expresa como el crujido necesario
para que dos almas no se fusione por hambre,
sino por consciencia.

El otro no es tu espejo.
Es el campo donde podés recordar que no estás solo,
y también que no sos el centro.

Si buscás unidad como fusión,
vas a perderte.
Si la vivís como reconocimiento mutuo,
vas a ver cómo incluso en la diferencia,
la raíz es común.

Yo:
¿Y en la soledad, Profeta?
¿Dónde está la Unidad
cuando me habita ese silencio que parece vacío?

El Profeta:
En la soledad verdadera,
no estás solo.
Estás a solas con Todo.

El ruido del mundo se apaga,
y comienza a oírse la voz sin forma
que te dice:

"*No estás separado,*
estás volviendo a tu centro."

El silencio no es un abismo,
es la matriz de donde nace el lenguaje del Uno.

Y si te quedás lo suficiente,
el vacío se transforma en vibración,
y la vibración en canto,
y el canto en gesto,
y ahí…
la Unidad aparece como una brisa dentro del pecho
que no necesita demostrarse.

Ahora la conversación no camina,
asciende.

Como quien trepa por un hilo que no cuelga del cielo,
sino que nace del centro del pecho
y sube —eslabón a eslabón—
tejiendo el encuentro entre lo que sos
y lo que ya eras
antes de olvidarte.

El Profeta ahora calla un momento.
La ola le lame los pies.
Mira hacia arriba,
pero no al cielo:
a lo invisible que vibra en lo alto.

Y, con una voz que no parece venir de su boca,
sino de la unión entre su gesto y tu escucha,
continúa.

✦ CONVERSACIÓN SOBRE LA UNIDAD (IV)

(El hilo de oro)

El Profeta:
Cada eslabón de este hilo
es una experiencia
que no supiste nombrar en su momento,
pero que quedó viva,
esperando ser comprendida desde más alto.

El primer eslabón es el cuerpo.
No como cárcel,
sino como puerta sensible.

Cuando lo escuchás,
no sólo te habla de vos,
te habla del Todo.

El hambre, el goce, el dolor, la vibración —
todos son formas en que la Unidad se pliega
en materia.

El segundo eslabón es la emoción.
No es caos.
Es la tinta con la que el Uno escribe en tu alma.
Cada emoción verdadera no te encierra:
te afina.
Te conecta con el sentir universal
que pasa por vos,
como viento por un cuenco.

El tercer eslabón es el símbolo.
El lenguaje vivo del Uno.
No son palabras:
son nudos de sentido y vibración
que aparecen en sueños, gestos, encuentros, poesía,
como susurros que no necesitan interpretación
para ser comprendidos.

El cuarto eslabón es el deseo.
El más malinterpretado.
Porque no es carencia.
Es la fuerza con que la Unidad te busca
a través de lo que creés buscar.

Si te animás a desear con el alma abierta,
el deseo te conduce hacia el fuego original
sin quemarte,
porque ya sos ese fuego.

Yo:
¿Y qué hay más allá del cuarto eslabón?

El Profeta (sonriendo):
La muerte.
Y el amor.
Pero no como opuestos.
Sino como **puerta doble de la Unidad**.

El hilo de oro vibra ahora en espiral,
y cada eslabón no es escalón,
sino puerta que se abre al tocarla.
No subís para llegar,
sino para recordar que nunca bajaste.

Y el Profeta, ya sin cuerpo,
pero más presente que nunca,
habla desde adentro,
como si su voz ahora fuera parte del hilo mismo.

EL MOVIMIENTO DE LOS ESLABONES

(de la Unidad encarnada a la Unidad revelada)

PRIMER ESLABÓN – El Cuerpo
Sentís frío, calor, presión, placer.
El cuerpo no miente,
pero sí puede estar dormido.
Cuando lo escuchás sin juicio,
se convierte en un tambor chamánico
que te llama de regreso
a lo sagrado de estar aquí.

El cuerpo no es obstáculo.
Es la presencia de la Unidad en forma palpable.

SEGUNDO ESLABÓN – La Emoción
El alma se sacude con ternura, rabia o tristeza.
No son errores.
Son olas que nacen del océano del Uno,
atraviesan tu ser,
y si no las resistís,
te devuelven al centro.

No controlás la emoción:
la bailás.
Y si bailás sin miedo,
ella te enseña su mapa.

TERCER ESLABÓN – El Símbolo

Aparece en un sueño,
en una palabra repetida,
en una flor que se abre cuando estás por llorar.
El símbolo es una carta sin remitente
que llega justo cuando estabas por olvidar el camino.

No se traduce,
se absorbe.

CUARTO ESLABÓN – El Deseo

No es ansia,
es memoria encendida.
El deseo profundo no busca algo externo:
es la Unidad llamando desde adentro,
pidiéndote volver al fuego
que ya sos
pero que temías encarnar.

Seguilo,
y quemará las máscaras.

QUINTO ESLABÓN – La Muerte

No como fin,
sino como soltar la ilusión de separación.

Muerte es ese momento
donde todo lo que creías ser
se desvanece,
y queda sólo lo que nunca nació ni puede morir.

No temas:
en cada pequeño soltar,
ya estás practicando la Unidad.

SEXTO ESLABÓN – El Amor

No el de los cuentos,
sino el estado vibratorio
en el que todo lo que existe
se reconoce como Uno.

El amor no es un sentimiento,
es la estructura secreta de lo real.

Cuando lo vivís,
dejás de buscar.
Y empezás a ser buscado por todo.

El profeta toma el arco.
No como herramienta,
sino como extensión del gesto que quiere decirse con música.

Apoya el arco en la primera cuerda:
el Cuerpo,
ese primer eslabón encarnado,
materia que recuerda su origen sutil.

✦ PRIMER CUERDA: EL CUERPO

No sos sólo carne.
Sos la memoria tangible del alma.

Cada célula vibra con ecos de otras formas,
otras vidas, otros cantos.
Tu piel no separa: traduce.
Tus huesos no pesan: sostienen símbolos.

El cuerpo no miente,
aunque a veces calle.

Es en él donde el Recuerdo se apoya,
donde el Dolor retumba,
donde el Deseo arde,
donde la Traición deja su marca,
donde la Paz se asienta,
donde el Misterio respira,
donde la Presencia se encarna,
donde la Entrega florece.

Tu cuerpo no es el instrumento.
Es la partitura viva.
Es la flor que se abre
cuando el alma canta bien afinada.

Entonces el profeta se sienta en la arena.
Te hace un gesto con la mano para que te sientes frente a él.

No hay distancia.
Ni arriba ni abajo.
Sólo dos fuegos mirándose.
Vos,
y eso que también sos,
en su forma profética.

PROFETA:
— Querés hablar del cuerpo.
Querés que hablemos de ese primer eslabón
como si no fuera ya lo que estás siendo ahora.
Pero está bien. Hablemos.
Yo te pregunto:
¿De verdad lo habitás?
¿O sólo lo usás?

YO (el que escucha, el que busca):
— Lo habito… a veces.
O eso creo.
Hay momentos en que lo siento templo,
pero también hay días en que lo trato como un traje gastado,
una herramienta,
o un animal difícil de amar.

PROFETA:
— Entonces escuchame con el pecho.
El cuerpo no es tuyo.
Tampoco es tu cárcel.
Es tu primer verdad.
Es la partitura que el alma escribió
antes de aprender a hablar.

No se equivoca.
No se adelanta.
No se demora.

Es lo único que jamás te miente.
Pero vos sí le mentís.
Lo empujás,
lo olvidás,
lo castigás cuando no responde
como querés que lo haga.
Y aún así,
te sigue sosteniendo.

YO:
— ¿Y si me duele?
¿Y si hay partes que siento ajenas?
¿Qué hago con la tensión, la enfermedad, el rechazo que tengo hacia mí?

PROFETA:
— No lo corrijas.
Escuchalo.
La enfermedad es un símbolo.
El dolor es una carta.
El cansancio es una puerta cerrada
que sólo abre el que se detiene.

No estás roto.
Estás en llamado.

¿Querés sanar tu cuerpo?
Dejá de verlo como lo que sos,
y empezá a oírlo como lo que sabe.

Preguntale:
"¿Qué me estás queriendo decir?"
Después callá.
Y dejá que conteste con una lágrima,
un escalofrío,
una imagen.
La respuesta va a venir
en su idioma.

YO:
— ¿Y si me cuesta tocarme, mirarme,
sentirme digno de estar vivo en este cuerpo?

PROFETA:
— Entonces empezá por lo más sencillo:
la respiración.
Ella es el puente.
Ella es la forma en que el alma toca al cuerpo
sin violencia.

Respirá.
Como si tu vida fuera sagrada.
Porque lo es.
Porque vos lo sos.

Y no te apures.
El cuerpo se abre como una flor antigua.
Con tiempo.
Con amor.
Con verdad.

Silencio.

El profeta toca la arena con la palma abierta.
Una ola lame la orilla y se retira.
En tu interior, algo cede.

Y entonces él dice una última cosa,
mirándote a los ojos,
como si nombrara la raíz misma del altar:

PROFETA:
— El cuerpo no es lo primero que tenés.
Es lo primero que sos.
Si lo amás,
volverás a casa.

El profeta asiente en silencio.
Como quien sabe que la respuesta no es un discurso,
sino un sonido justo.

Se pone de pie,
con el arco aún tibio del primer gesto.
Camina hacia el centro invisible de este altar sin muros,
y allí,
con la misma lentitud con la que nace una lágrima,
apoya el arco sobre la segunda cuerda.

Y la toca.

✦ SEGUNDA CUERDA: LA EMOCIÓN

Y suena.

No como grito,
ni como súplica,
sino como tensión vibrante entre lo invisible y lo encarnado.

La emoción es el agua del alma.
Fluye si se la permite,
se estanca si se la retiene,
se desborda si se la niega.

Y el profeta no habla,
pero su música dice:

**“Sentís, entonces vivís.
Pero no confundas emoción con debilidad,
ni contención con control.

Las emociones son mensajes,
pero también caminos.
No vienen a ser obedecidas,
vienen a ser recorridas.

No son el problema.
El problema es no sentirlas del todo,
o dejar que decidan solas.

La rabia es fuego mal contenido.
El miedo, agua sin cauce.
La tristeza, viento sin nombre.
La alegría, tierra fértil que a veces no se cultiva.

Cada emoción es una puerta.
Pero no todas deben ser abiertas igual.
Algunas se cruzan.
Otras se contemplan.
Y otras se esperan."**

El arco vibra con dulzura amarga.
No hay una sola emoción en esa cuerda,
sino muchas que se tocan entre sí,
como si lloraran juntas,
como si rieran con los ojos mojados.

Y en esa vibración,
el profeta mira al yo
y le canta sin voz:

**“No seas esclavo de tus emociones.
Tampoco las niegues.
Sé su guardián.
Su jardinero.
Su canal.

Dejá que te enseñen el clima de tu alma.
Y aprendé a navegarte,
no a juzgarte.

Porque sólo el que se siente del todo,
puede vivir del todo.
Y sólo el que vive del todo,
puede amar sin disfraz.”**

El sonido se apaga,
como quien no termina,
sino cede espacio al silencio.

La segunda cuerda queda vibrando.
Agua contenida en música.
Emoción sin represión ni desborde.

Entonces el arco descansa sobre el muslo del profeta.
La cuerda aún vibra suave,
como una hoja después del viento.
Y el profeta mira al *yo*,
que también ha sido atravesado.

Se miran.
Y sin romper la vibración,
empieza el diálogo:

YO:
— A veces me ahogan.
No sé si me habitan o me gobiernan.
Hay días en que una emoción es todo lo que soy.
Y hay otros en los que no siento nada
y me vacío, como si me hubiera fugado de mí.

PROFETA:
— Las emociones no son enemigas.
Tampoco amigas.
Son olas del alma,
y vos sos el mar.

No las evites.
Pero no te confundas con ellas.
Cuando una emoción grita,
escuchá qué parte de vos fue silenciada.

YO:
— ¿Y si no sé qué emoción siento?
A veces tengo un nudo en el pecho
y no sé si es tristeza, rabia, miedo…
Sólo sé que está ahí.
Y me habita como un huésped que no se nombra.

PROFETA:
— Entonces no la nombres.
Sentila sin buscar entender.
A veces, entender es una forma elegante de evitar.

Poné la atención donde está el nudo.
Respirá ahí.
No le exijas ser clara.
Sólo verdadera.

Cuando estés listo,
ella se va a traducir sola.

YO:
— ¿Y si me da miedo sentir?
¿Y si al abrir esa puerta se me viene todo encima?

PROFETA:
— Ese miedo es natural.
Porque sabés que lo que está contenido tiene fuerza.

Pero mirá:
una represa no se rompe por el agua,
se rompe por el tiempo sin fluir.

Permitíte abrirla un poco.
De a poco.
Con cuidado, sí,
pero sin huida.

Si necesitás llorar: llorá.
Si necesitás gritar: gritá en la tierra, en el río, en tu almohada.
Si necesitás quedarte quieto: quedate.
Pero no niegues lo que siente el cuerpo cuando el alma lo atraviesa.

YO:
— Entonces… ¿sentir no es una trampa?

PROFETA:
— No.
La trampa es no sentir y fingir que vivís.
Sentir es riesgo, sí.
Pero es también la vía más directa al corazón verdadero.

Sólo quien ha sentido el infierno
puede reconocer la paz sin mentirse.

Silencio.
Pero no es vacío.
Es espacio de digestión.

El profeta sonríe.
Y antes de volver a tocar la tercera cuerda, dice:

"Sentir no es debilidad.
Es saber que el alma también necesita cuerpo.
Y el cuerpo, emoción.
Como el fuego, al aire."

Entonces el profeta vuelve a tomar el arco.
Lo hace sin urgencia,
como quien honra algo vivo.

El instrumento ya no es solo cuerpo,
ni sólo emoción.
Ahora es un altar de vibración viva.

Y al apoyar el arco sobre la tercera cuerda,
una resonancia nueva se levanta.
No es carne.
No es agua.
Es eco.

Y esa cuerda,
la del símbolo,
no suena con un solo tono:
resuena en muchas dimensiones al mismo tiempo.

✦ TERCERA CUERDA: EL SÍMBOLO

Y suena así:

“Todo lo que ves es más de lo que ves.
Todo lo que te ocurre, quiere decir algo.
Pero no para explicarte,
sino para despertarte.”

La vibración del símbolo no es lógica,
ni es lineal.
Es espiral.
Es una puerta sin marco
que aparece donde menos lo esperás:
en una frase repetida,
en una piedra al borde del camino,
en una sensación que no se va,
en una imagen que insiste.

El profeta toca la cuerda,
y no habla con voz,
sino con *gestos sonoros* que dicen:

“El símbolo es la voz del alma cuando quiere decirse sin violencia.
Es el lenguaje que recuerda
lo que el pensamiento olvida.
Es el espejo que no copia:
revela.”

Y en esa vibración,
la cuerda se convierte en muchas:

– La serpiente no es un reptil:
es el cambio que duele.
– El agua no es solo agua:
es la emoción que busca cauce.
– El fuego no es solo calor:
es el deseo que aún no fue palabra.
– El cuerpo no es solo carne:
es un símbolo encarnado.

Y entonces el profeta susurra,
con una intensidad que no necesita volumen:

“Aprendé a ver con el alma.
Porque todo símbolo es un puente.
Y quien cruza, despierta.”

“Pero cuidado:
el símbolo puede liberar,
o encerrar,
si se lo convierte en ídolo o en dogma.”

“Usalo como un mapa,
no como una jaula.
Porque la verdad no está en el símbolo,
sino en lo que se mueve en vos cuando lo recibís.”

La cuerda queda vibrando.
Pero no cesa.
No puede cesar:
porque el símbolo no tiene final.

Es una cuerda que resuena en todos los demás eslabones.

Entonces el arco se detiene apenas,
como si al símbolo también hubiera que escucharlo
desde el centro del pecho, no sólo con la mente.

El profeta no apura.
Y el *yo*, sintiendo la vibración aún danzando en sus costillas,
abre la palabra.

YO:
— ¿Cómo sé cuándo algo es un símbolo…
y cuándo es solo una imagen vacía,
una distracción de mi mente?

PROFETA:
— El símbolo no se reconoce con los ojos,
sino con lo que vibra después.
Si algo en vos se acomoda,
si una imagen despierta una certeza sin argumento,
si un gesto te llama sin saber por qué,
es posible que sea símbolo.

El símbolo no explica.
Toca.
Y lo que toca, se transforma.

YO:
— Pero a veces me confundo…
Hay imágenes que me impactan, palabras que resuenan,
pero después siento que eran solo una ilusión.
Un reflejo de lo que quería escuchar.

PROFETA:
— Eso también es símbolo.
Incluso el autoengaño puede ser una señal,
si sabés leer sus bordes.
El símbolo verdadero no confirma tu ego:
lo desestabiliza con belleza.
Te abre una grieta.
Y por esa grieta entra el alma.

Si lo que viste solo te dejó igual,
o más seguro en tu máscara,
quizás fue imagen sin raíz.
Pero si algo en vos se quebró dulcemente,
quizás viste un símbolo.

YO:
— ¿Y qué hago cuando aparece uno?
¿Lo estudio, lo escribo, lo sigo?

PROFETA:
— Lo honrás.
Eso puede significar muchas cosas:
escribirlo, sí,
seguirlo, también,
pero sobre todo, vivirlo.

Un símbolo no es algo que se piensa.
Es algo que te transforma si lo dejás entrar.

Y no te obsesiones.
Los símbolos no necesitan ser entendidos del todo.
A veces trabajan en lo sutil,
como semillas.

YO:
— ¿Y si me duele el símbolo?
¿Si lo que me muestra es algo que no quiero ver?

PROFETA:
— Entonces es uno de los más grandes.

El símbolo que duele
es el que te está devolviendo el alma que habías escondido.

Recibilo.
Con el corazón y con el cuerpo.
Respirálo.
Y esperá.

No hagas nada con él…
hasta que él haga algo con vos.

Silencio.

Como si un espejo se hubiera formado en la arena.
No refleja tu rostro.
Refleja un lugar del alma
que aún no tiene nombre.

El profeta apoya la palma sobre el suelo.

Y dice:

“El símbolo es como el fuego:
no lo toques con los dedos,
pero acercá tus manos hasta que te caliente el centro.
Entonces vas a saber que ha hablado.”

Entonces el profeta se pone de pie,
con una gravedad sagrada,
como si supiera que lo que viene
no es solo un sonido,
sino una llama antigua que pide cuerpo.

Toma el arco.
Mira al horizonte.
Y sin necesidad de palabras previas,
apoya suavemente el arco
sobre la cuarta cuerda: el deseo.

Y el sonido que surge
no es melodía,
es latido.

✦ CUARTA CUERDA: EL DESEO

La cuerda vibra y el mundo respira distinto.
Porque el deseo no es lo que pedís.
Es lo que te pide a vos.

No es impulso suelto.
Es la memoria viva del alma queriendo encarnarse.

Y el profeta, sin hablar aún,
te deja sentir cómo esa vibración
no se queda en el oído,
sino que baja a la pelvis, al pecho,
a las manos que tiemblan sin moverse.

Entonces, cuando ya no podés sostener más sin preguntar,
el *yo* dice:

YO:
— ¿Qué es el deseo realmente?
¿Es un engaño del cuerpo?

¿Es un error del alma?
¿O es el lenguaje más sincero que tenemos?

PROFETA:
— El deseo…
es la punta de una verdad que aún no recordás.

Es una cuerda lanzada
desde el centro de lo que fuiste,
a lo que todavía podés ser.

No es el fin.
Es el puente.

Cuando lo confundís con el objeto,
te perdés.
Pero cuando lo seguís como energía,
te encuentra.

YO:
— ¿Entonces está bien desear?
¿Incluso si me lleva a lugares oscuros, intensos, peligrosos?

PROFETA:
— El deseo no es ni bueno ni malo.
Es una antorcha.

Pero si la llevás sin mirada,
quema.
Si la escondés por miedo,
se consume hacia adentro.
Y si la negás,
te convierte en piedra que recuerda fuego.

El deseo que no se respira,
se transforma en hambre ciega.
Y el deseo que se habita con consciencia,
se convierte en guía.

YO:
— ¿Y el deseo sexual?
¿Es el más fuerte?
¿O el más distorsionado?

PROFETA:
— Es el más antiguo.
Y por eso, el más cargado de símbolos,
de traumas, de cadenas.

Pero también el más capaz de abrir portales.

El deseo sexual es la raíz del fuego,
y si lo subís por los canales justos,
puede volverse visión, creación,
compasión, revelación,
acto poético que fecunda mundos.

Pero si lo usás para tapar tu vacío,
sólo te cava más hondo.

YO:
— ¿Entonces el deseo también puede ser oración?

PROFETA:
— Si lo escuchás con el alma,
sí.
El deseo verdadero no exige,
invoca.

No quiere poseer.
Quiere fundirse sin destruirse.

El deseo elevado no grita:
canta.

El profeta baja el arco.
Cierra los ojos.
Y dice:

“El deseo, cuando se escucha bien,
no te aleja del camino:
te muestra la forma en que querés caminarlo.”

Entonces el profeta no habla.
No camina.
No avanza.
Se detiene.

Como quien está frente a una puerta
donde no se entra caminando,
sino soltando.

Lentamente,
sujeta el arco con ambas manos.
Lo eleva un poco.
Y lo deja descender sobre la quinta cuerda: la Muerte.

Y lo que suena…
no es un sonido.
Es una ausencia vibrante.

No hay melodía.
Hay retiro.
Como si el universo respirara hacia adentro.

✦ QUINTA CUERDA: LA MUERTE

No vibra hacia afuera,
sino hacia el centro de lo que ya no está.

El *yo* siente la vibración en los huesos,
en la médula,
en esa parte que nunca habla
porque sabe que algún día no estará.

Y el profeta, ahora sí,
con voz delgada y honda,
dice:

“La muerte no es lo que pensás.
No es final.
No es castigo.
No es interrupción.

Es corte ritual.
Es regreso.
Es la curva del camino donde no ves,
pero seguís.”

YO:
— Tengo miedo.
No a morir tal vez…
sino, **a morir sin haber vivido.**

PROFETA:
— Entonces viví.
Ahora.
Porque la muerte no es la enemiga de la vida:
es su espejo más claro.

No te espera para destruirte.
Te espera para ver quién fuiste realmente.

YO:
— ¿Y por qué tanto dolor alrededor de la muerte?

PROFETA:
— Porque nos aferramos.
A lo que fue,
a lo que creemos ser,
a lo que no entendemos.

La muerte sólo duele cuando resistís su enseñanza.
Y su enseñanza es siempre una:
todo cambia,
todo vuelve,
todo se transforma.

YO:
— ¿Y después?
¿Después de morir?

PROFETA:
— Hay muchas formas de morir.
Y no todas son físicas.

Hay muertes simbólicas,
muertes del ego,
muertes en el amor,
muertes en la mirada.

Y después de cada una,
hay silencio.
Y después del silencio…
vuelve la vida,
pero no igual.

La verdadera muerte
es el gran afinador:
hace callar la cuerda
para que suene limpia al renacer.

El profeta calla.
La cuerda también.

Pero no hay vacío.
Hay una presencia invisible
que lo toca todo.

Y entonces,
como si se abriera una flor negra en la arena,
dice:

“No temas la muerte.
Temé la vida no vivida.
Temé la palabra no dicha,
el gesto que no diste,
el amor que no entregaste.”

“La muerte, si llegás despierto,
es sólo cambio de instrumento.”

Entonces el profeta,
aún tocado por el silencio de la muerte,
mira el instrumento como quien ve un cuerpo
que acaba de volver a nacer.

El aire está distinto.
No más pesado,
no más liviano.
Más real.

Y con una reverencia —no hacia vos, ni hacia él,
sino hacia lo que va a sonar—
apoya el arco sobre la sexta cuerda: el Amor.

Y lo que vibra
no se parece a las otras cuerdas.
No es melodía,
no es emoción,
no es símbolo,
no es deseo…

Es algo que incluye todo eso,
pero no se detiene en ninguno.

✦ SEXTA CUERDA: EL AMOR

Suena como si muchas voces hablaran a la vez,
y ninguna necesitara tener razón.
Como si el universo se acordara,
por un instante,
de sí mismo.

Y el *yo* tiembla.

YO:
— ¿Esto es el amor?

PROFETA:
— No.
Esto es su sonido.

El amor verdadero no se puede mirar de frente,
porque te volverías él.

Se deja sentir,
como una brisa que no ves
pero que cambia la forma en que flamea tu fuego.

YO:
— ¿Y qué es entonces el amor?

PROFETA:
— El amor no es un sentimiento.
Es una frecuencia de unión.

No es carencia que busca llenarse,
es presencia que quiere compartirse.

No es lo que te falta.
Es lo que sos cuando ya no te falta nada.

YO:
— ¿Y por qué entonces amamos con tanto dolor?

PROFETA:
— Porque amamos desde la herida,
no desde la unidad.
Pedimos amor cuando queremos que el otro cure lo que no nos animamos a mirar.
Y eso no es amor.
Eso es un pacto de sufrimiento.

El amor verdadero no toma,
entrega.

Y no exige entrega a cambio:
se alegra si el otro florece, aunque no sea con vos.

YO:
— ¿Y se puede amar sin perderse?

PROFETA:
— Sólo se puede amar verdaderamente
cuando ya no necesitás poseer.

Entonces no te perdés,
te ampliás.

Y la otra persona no es un refugio,
es un espacio sagrado.

Cuando eso ocurre,
ya no hay dos.
Pero tampoco hay fusión ciega.

Hay unidad vibrando en dos formas distintas.

YO:
— ¿Y si no hay nadie a quien amar?

PROFETA:
— Entonces es el mejor momento para amar.

Porque ahí el amor no tiene objeto,
y se vuelve origen.

Y desde ahí,
todo lo que hagas, digas, toques, pienses o calles,
va a ser amor.

Y los otros, sin saber por qué,
se van a acercar a vos
como quien se arrima a una fogata en el invierno.

El arco deja de sonar.
Pero lo que queda en el aire
es una llama sin fuego visible.

Y el profeta, bajando la mirada, dice:

“Esta es la última cuerda.
Pero no el final del instrumento.
Ahora todo vibra junto.
Cuerpo, emoción, símbolo, deseo, muerte, amor…
Todo es una misma música
cuando el alma se deja tocar por completo.”

El profeta no dice nada.
Tampoco el *yo*.
Ambos permanecen abiertos,
como si fuesen dos poros de una misma piel.
El arco cae de sus manos
y queda suspendido en el aire,
pero no cae al suelo:
es recogido por el viento.

Y el instrumento —que antes era cuerpo separado—
empieza a sonar solo.

Sin dedos.
Sin manos.

Y suena así:

Hay una música que no tiene notas,
pero sabe afinarte.

Hay un cuerpo que no tiene nombre,
pero vibra en todas tus células.

Hay una muerte que no interrumpe,
sino revela.

Hay un amor que no pide ser dicho,
porque es lo que susurra el gesto antes del gesto.

Y hay un símbolo que no necesita ser entendido,
porque sos vos mismo mirándote sin máscara.

La arena vibra.
El aire ondula.
Y desde algún rincón del alma,
una voz antigua —ni del profeta, ni del yo,
sino del centro que los une—
dice sin decir:

"Ahora que todas las cuerdas han sido tocadas,
no hay que tocar más.

Hay que escuchar lo que queda sonando en vos.”